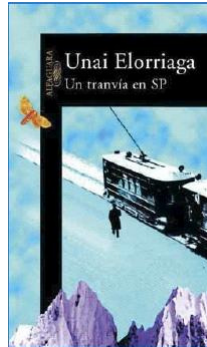


De la literatura a les cuines de la Mediterrània

Una mica de tot



I

Cuando, por descuido, se vuelca un puchero y la sopa cae al suelo de la cocina, el ruido que se oye suele ser plas, o si no xost, según el tiempo que haya estado en el fuego. También la sopa de María hizo uno de esos dos ruidos cuando cayó al suelo de la cocina. Y María se disgustó, y pensó que era la cuarta cosa que le salía al revés en el día, y que Lucas llevaba casi tres semanas sin salir de la ama, y que no estaba bien, y que le dolía. Y aunque el alma de María era más dura que un hueso de ñu, se deshizo en ese momento, y se licuó. Y se podía ver el alma de María dispersándose por el suelo de la cocina y saliendo a borbotones por la ventana y bajando las escaleras, a borbotones también.

María decidió que tenía que reorganizar su alma antes de que acabase de desperdigarse. Salió, pues, a la calle y compró media docena de pasteles y una botella de sidra, y comió y bebió, unos en la sala y otros en la cocina. Y para cuando terminó, el alma de María volvía a ser un hueso de ñu o de, por lo menos, búho común.

ELORRIAGA, Unai (2004): *Un tranvía en SP*. Madrid: Santillana, pág. 147)

II.

Para el cumpleaños de Lucas se habían reunido Marcos, Roma, el hermano de Roma, la hermana de Roma, María y el propio Lucas. Pusieron una tabla encima de la cama

de Lucas, y encima de la tabla patatas, queso, trozos de chocolate. El primer intento se frustró enseguida, porque Lucas no tardó en pegar con las rodillas en la tabla y tirar todo al suelo. Recogieron rápidamente todas las cosas de comer pero, así y todo, tuvieron que segregarse varios pelos de los trozos de chocolate, y los tacos de queso confraternizaron hasta tal punto con el polvo del suelo que nadie, a pesar de los ruegos y las promesas, puso volver a separarlos.

Todos los invitados se sentaron alrededor de la cama y empezaron a comer como peces. Antes de meterse nada en la boca, lo frotaban varias veces; no porque tuvieran la costumbre de venerar la comida, sino para librarse de algún hectogramo de porquería. A pesar de todo, la conversación era entretenida, y el hermano de Roma hablaba mucho y contó su problema. Y su problema era que si se quedaba mirando a un sitio vacío, a una pared sin cuadros, por ejemplo, o al techo, y si seguía mirando un tiempo sin pensar en nada, empezaba a ver cosas; veía, por ejemplo, enterradores jugando al ajedrez o moscones contando argumentos de películas.

Lucas no comía nada, pero hacía gestos, como si estuviera comiendo. Todo era de su gusto, y chupaba como los demás y masticaba como los demás. Y siguió haciendo gestos de comer hasta que estuvo tan lleno que no le cabía ni un cuarto de aceituna más.

ELORRIAGA, Unai (2004): *Un tranvía en SP*. Madrid: Santillana, pp. 166-167

